

Maupassant

par Raphaël Enthoven
Lire, diciembre 2005 / enero 2006

Traducción de J.M. Ramos

Fuerza de la naturaleza que la enfermedad va a destruir a la edad de cuarenta y tres años, Maupassant se aferró a la realidad y la empuñó a brazo partido. Ese discípulo de Flaubert, estilista sin par, es el autor de más de trescientos cuentos donde se frecuenta completamente a la humanidad.

" *Gozo de todo del mismo modo que un animal... Amo el cielo como un pájaro, los bosques como un lobo merodeador, las rocas como un gamo, la alta hierba para tumbarme, para correr por ella como un caballo, y la límpida agua para nadar como un pez.* ¹"

En la antípoda de los escritores o filósofos que afirman la superioridad del hombre sobre el reino natural, el animal Guy de Maupassant, esa " máquina de sentir y gozar ", se abandona literariamente a los ritmos de la naturaleza que lo atraviesan y que lo realizan: con las mujeres es un " conejo " (Zola), cuando llega la noche se convierte en " lechuza ²", cuando escribe, es un camaleón: " No creo en el análisis, pero creo en la sensación. En todas las ocasiones en que he descrito un hombre, es porque lo he sido durante un minuto. Un novelista no debería negarse a ninguna experiencia, hacerse cazador con los cazadores, marino con los marinos, aldeano con los aldeanos, burgués con los burgueses. ³ " Lejos de la objetividad (" ¡ que vil palabra ¡ ", decía él), lejos de los buenos sentimientos religiosos, lejos del énfasis romántico, Maupassant prefiere la miseria verdadera a la falsa grandeza, el individuo al grupo, y la precisión a las florituras.

Nacido el 5 de agosto de 1850 y muerto el 6 de julio de 1893 tras una vida escribiendo y haciendo el amor, Maupassant es el autor de más de trescientos cuentos y relatos, seis novelas acabadas (y dos incompletas), tres relatos de viajes, una antología poética, cerca de doscientas crónicas, y algunas piezas teatrales. El conjunto forma una obra sombría, magistral, exhaustiva, en la que cada historia, grande o ínfima, mezcla a voluntad el temor de la muerte, el amor al placer y el lamento de haber nacido. Es la obra de un hombre-animal a quien nada de lo que es humano le es ajeno, desde el adulterio a la desfloración pasando por la violación, el racismo, el infanticidio, la locura, la cobardía, el miedo, el aborto, la prostitución, la felicidad, la alegría, la soledad, el incesto, las patéticas fidelidades, la miseria conyugal, las herencias, el deshonor, las condecoraciones, la guerra, la paranoia, la esquizofrenia, los cuerpos deformados de las mujeres embarazadas, las pequeñas bromas entre amigos o la crueldad con los animales... En el retrato que él hace del escritor, Maupassant describe el "extraño mal" que le afecta: " una especie de desdoblamiento del espíritu que hace de él un ser terriblemente vivo, maquinal, complicado y extenuante para él mismo." Ciertamente, Maupassant es un hombre delicado, cuya fuerza y desmesura disimulan una hipertrofia del aparato sensitivo, como el personaje Brétigny en *Mont-Oriol* (" Me da la impresión de que estoy abierto; y todo entra en mí, todo me atraviesa, me hace llorar o rechinar los dientes "). El escritor, que se presenta sin razón como amoral o insensible, se sirve, por el contrario, de la hiperestesia que padece para comprender sin juzgarlos, los vicios de los que " todo el mundo es capaz ".

Pues el instrumento de Maupassant, es su cuerpo ambiguo, un cuerpo " embriagado de alegría " que quiere abarcar todo, que todo lo bebe, come como cuatro y se ducha en agua helada, un cuerpo poderoso con brazos de remero, " adorado por las putas " (" ¡nueve coitos... que bárbaro ¡" se extasiaba Flaubert, que sin embargo lo presionaba para que moderase su vida, para dirigir sus energías hacia la escritura), pero un cuerpo que también padece de la cabeza, el estómago, el intestino, los pulmones, las mandíbulas, un cuerpo carcomido por las enfermedades venéreas, las ciáticas, las hemorroides, los ataques de tos, las convulsiones, un cuerpo que fermenta, podrido por el estreñimiento, extraviado por las alucinaciones, un cuerpo repleto de bromuro, de yoduro de potasio, de sulfato de quinina, de salicilato de sodio, de belladona... en el que el cloral come el esófago, la

antipirina devora la memoria, y que la cocaína le impide dormir. Como dice Paul Morand: " Sin duda el hombre no fue más que un animal, muerto a cuatro patas, en una residencia de salud, ladrando y babeándose." Pero antes de morir como un perro, a los cuarenta y dos años, Maupassant, el " toro triste " (Taine) habrá sido el mejor amigo del hombre.

" No podría expresar cuanto pienso en Flaubert..."

La obra entera de Maupassant lleva explícitamente la marca de Flaubert, el eremita de Croisset, el amigo de su madre, a quién le declara " la más absoluta veneración ". Así, por ejemplo, es en Canteleu - donde Flaubert muere en 1880 - donde Maupassant hace nacer a Georges Duroy - el héroe de *Bel-Ami*. De igual modo, el juez de Un fou invadido poco a poco por la voluptuosidad del crimen, recuerda al personaje de saint Julien l'Hospitalier. La pequeña Jeanne de *Une vie*, desciende en línea directa de *Madame Bovary*. Y la última frase de la novela (" La vida, mire usted, no es nunca tan buena ni tan mala como se cree ") es del mismísimo Flaubert, que se la había escrito cuando Maupassant había dimitido del ministerio de la Marina... " No sabría decir cuanto pienso en Flaubert, me acosa y me persigue ", dijo a Zola. Efectivamente...

Pero como todos los auténticos maestros, la influencia de Flaubert se hace sentir en profundidad en una obra en la que se manifiestan el desprecio a la estupidez (la del militar, " el hombre convertido en bruto ", la del funcionario " entrando un día en un ministerio para cuarenta años de correcta miseria ", y sobre todo la del burgués " temible a fuerza de ser mediocre "), el disgusto semejante hacia orden moral y hacia el " arte democrático "4, el desprecio por los mundanos⁵, el recelo hacia el periodismo (" todo buen periodista, dice, debe ser un poco femenino, es decir a las órdenes del público, y siempre convencido sin creer en nada⁶ ", lo que no impide a Maupassant escribir toda su vida en los diarios), el rechazo a las condecoraciones (" los honores deshonran; el título degrada; el cargo embrutece. Escribe eso sobre las paredes ", le dice un día Flaubert; más tarde Maupassant rechazará dos veces la Legión de honor), finalmente una profunda reflexión sobre la literatura y la realidad, en la que deberían meditar nuestros " egógrafos " contemporáneos, dado que Maupassant defiende el derecho para el escritor de " saltar por encima el famoso muro de la vida privada y tomar en la existencia del vecino los detalles, a menudo escabrosos, de los que tiene necesidad para sus novelas", precisando en todo momento que " es indispensable que no se puedan levantar las máscaras que él pone sobre sus personajes "7

Pero las dos lecciones magistrales de Flaubert son, de una parte, su teoría del "declamador", o el sentimiento de que "la prosa debe poder ser leída en alto" (" las frases mal escritas no pasan esta prueba; éstas oprimen el pecho, alteran los latidos del corazón, y se encuentran de este modo fuera de las condiciones de la vida⁸ "), y por otro lado, el culto a la precisión, la férrea voluntad que " sea cual sea lo que se quiera decir, no hay más que una palabra para expresarla, más que un verbo para animarla y un adjetivo para calificarla ". Tañendo y afinando el grosero instrumento del lenguaje, es del único modo que el escritor se proporciona los medios a los que agarrarse.

"Seamos originales, sea cual sea el carácter de nuestro talento "

Gran lector de *Bouvard et Pécuchet*⁹, Maupassant sabe bien que no hay reglas en el arte, y que "un crítico, que merezca sin paliativos ese título, no debería ser más que un analista sin tendencias, sin preferencias, sin pasiones, y, como un experto en cuadros, no debe apreciar más que el valor artístico del objeto de arte que se le somete¹⁰ ". La búsqueda literaria de una visión "penetrante", "completa" de la realidad, pasa por el abandono de las etiquetas ("realista", "naturalista", ver "materialista"...) en provecho de "la ilusión sentimental, alegre, melancólica, sucia o lúgubre" que cada uno de nosotros se hace de la realidad, y que el escritor tiene como única tarea restituir fielmente. "El talento es una larga paciencia", le dijo Flaubert, cuando "para describir un fuego que crepita y un árbol en una llanura, permanecemos ante ese fuego y ese árbol hasta que no se parezcan más, para nosotros, a ningún otro árbol y fuego". El escritor busca lo singular con las palabras como el buscador de oro espera la pepita en el fondo de su tamiz. "Usemos menos nombres, verbos y adjetivos casi inalcanzables para los sentidos, pero sí más frases diferentes, diversamente construidas, ingeniosamente cortadas, llenas de sonoridades y de sabios ritmos. Esforcémonos por ser unos estilistas excelentes más que coleccionistas de términos raros...¹¹ " En definitiva, las tradiciones no tienen ninguna importancia: "Todo es bueno para quién sabe tomar." Maupassant, que detesta hablar de literatura porque ningún discurso conviene a tal disciplina, lee con el mismo placer a los padres de la Iglesia, el marqués de Sade, las novelas (o cuentos) de Tourgueniev y la

prosa de Chateaubriand; el estilo no es para él un ornamento, sino el equivalente integral de una sensación, el espejo sin complacencia de una subjetividad ajena a toda afiliación, hermética al menor prejuicio. Así, para los hombres, el iconoclasta Maupassant es un fuera de la ley, cuyo culto a su independencia y a la búsqueda de la singular tendencia a maltratar las convenciones, pero frente al mundo o a la naturaleza, el animal Maupassant está con él al acecho, solo en su campo, "abierto a todo" poseído del "celo universal" .

"Los sentimientos son sueños cuyas sensaciones son la realidad"

Soy el más desilusionante y el más desilusionado de los hombres. [...] Sitúo el amor entre las religiones y las religiones entre las más grandes bobadas en las que la humanidad ha sucumbido." Es obvio decir que el ideal amoroso, "la embriaguez del corazón", no está a la altura de la idea que Maupassant se hace de la armonía. Discípulo de Schopenhauer¹² , con el que comparte el pesimismo, la misoginia y la mezcla de atracción y repulsa hacia " esos pozos infectos cuya auténtica función consiste en llenar las fosas de desahogo y en sofocar las fosas nasales", Maupassant - padre de tres hijos ilegítimos - se jacta de no haber amado nunca. Peor aún, si un Dios ha hecho los claros de luna, es, dice, para " velar de ideal los amores de los hombres". Resumiendo, su Venus es Anadiomenes, y si hace el amor, no cree en él: " La naturaleza que quiere seres, ha puesto el cebo del sentimiento entorno a la trampa de la reproducción. [...] Cuando encuentro a dos enamorados, la estupidez de su error me irrita: "Te amo, te adoro!... Los sentimientos son sueños cuyas sensaciones son la realidad."¹³ " Quién quiera que copule y crea hacerlo en nombre del amor, siempre permanecerá en primer lugar la inmersión de los humanos en el mundo animal de las pulsiones, como testimonia uno de su más bellos textos, *Une partie de champagne*, que pone en escena a una madre y su hija seducidas por unos remeros durante la siesta del marido y padre, bajo la mirada de un ruiseñor cuyos trinos acompañan los retozos de los humanos: tras unas "modulaciones muy lentas", el pájaro parece afectado de una "embriaguez" y cede al "delirio de su gárganta", después vienen unos "prolongados éxtasis sobre fragmentos de grandes espasmos melódicos" y, para acabar, "un canto de amor furioso, seguido por unos gorjeos de triunfo..."¹⁴

De "todos los dogmas que hizo inventar el miedo a la muerte"¹⁵, los juramentos de eternidad que se hacen los enamorados, tal vez son los más tenaces. De pronto, en Maupassant, lejos de evitar la certidumbre de morir, el amor carnal expresa la proximidad constante a la imagen de cuerpos "muertos, destrozados, sangrantes" del marido de Jeanne y de la condesa de Fourville¹⁶ : "El hombre tenía la frente abierta y toda la cara destrozada. La mandíbula de la mujer colgaba, suelta en un choque; y sus miembros destrozados estaban molidos como si no tuviese huesos bajo la carne." En Maupassant, los amantes no lloran de amor frustrado, simplemente son completamente masacrados como lo fueron cincuenta y cinco personas sorprendidas en plena fiesta por el temblor de tierra de julio de 1883 en la pequeña ciudad de Casamicciola "unidos, de este modo, por la muerte fulminante, en un matrimonio extraño y brutal que mezcló sus carnes molidas"¹⁷

"Se nace, se crece, se es feliz, se espera, luego se muere"

El amor lo deja frío, la muerte lo agobia, pero la putrefacción lo fascina: como lo sugiere Jean Salem, poniendo uno a continuación de la otra sus descripciones de cadáveres, se podría, en Maupassant, elaborar sin esfuerzo un "pequeño tratado de descomposición para uso de desesperados"... a imagen de la condesa de Guilleroy, en *Fort comme la mort*, tras el fallecimiento de su propia madre: "Pienso día y noche en mi pobre mamá, encerrada en ese ataúd, hundida bajo esta tierra, en ese campo, bajo la lluvia, y cuya vieja figura que yo abrazaba con tanta felicidad no es más que una podredumbre espantosa. ¡Oh, que horror, amigo mío, que horror!"¹⁸ Durante una estancia en Palermo, Maupassant visita las catacumbas de los Capuchinos y queda estupefacto al ver alineados unos esqueletos en la tierra seca: "Se lee: 1880-1881-1882. He aquí pues un hombre. Eso que era un hombre hace tres años, nada más que tres años. Eso vivía, reía, hablaba, comía, bebía, estaba lleno de alegría y esperanza. ¡ Y helo aquí! " Enfrentado a la muerte, Maupassant, convencido de "la absoluta aniquilación total, de que todo desaparece", se comporta un poco como Hamlet ante el cráneo de Yorick, testimoniando una infinita perplejidad: "¿Cómo se podría pensar este horror que hace que esto o aquello que uno ha sido deja de serlo, aunque su nombre, su estado civil haya permanecido?"¹⁹ De la madre que conoce la muerte de su hijo en la guerra, a la muchacha que vela del cadáver de su madre, pasando por los enamorados aterrorizados por los obsequios de su amante²⁰ , múltiples personajes de Maupassant manifiestan que, incluso antes de separar los seres, la muerte prohíbe que se unan verdaderamente en vida. La muerte está por todas partes, la muerte está presente

todo el tiempo, en "los pequeños animales aplastados en las carreteras, las hojas que caen, el pelo blanco advertido en la barba de un amigo", ella es la "gran aniquiladora de las alegrías sobre la Tierra." Como dice Varenne, el poeta melancólico de *Bel-Ami*, en el más bello de los monólogos: "Cada paso me aproxima a ella, cada movimiento, cada respiración apura su odiosa tarea. Respirar, dormir, beber, comer, trabajar, soñar, todo lo que hacemos es morir. ¡Vivir en fin, es morir!" Lo que hace de Dios - si existe - un considerable asesino.

"Dios, señor, es un masacrador..."

Es su madre quién lo cuenta: el joven Guy fue un día amenazado de exclusión por el superior por haber parodiado a su profesor de teología que "le describía los tormentos del infierno ²¹". A los diecisiete años, el escritor se burlaba de Dios, más tarde hará la guerra a su existencia, como el doctor Paturel, en *L'angelus*, que presenta al abad Marvaux "las injusticias, las ferocidades, las vilezas de la Providencia... Yo que soy médico de pobres, veo esas vilezas. [...] Si tuviese que escribir un libro sobre eso, lo titularía el Documento de Dios; y sería terrible."

Pues Dios, "inclemente y bárbaro", es la naturaleza, "un monstruoso órgano creador desconocido para nosotros, que siembra por el espacio millares de mundos... ²²" Por "naturaleza", Maupassant entiende el cólera, la peste, el tifus, las anginas, la sífilis, "todos los microbios que corroen el cuerpo", y luego las guerras ("doscientos mil soldados caídos, confundidos en la sangre y en el barro, destrozados, los brazos y piernas arrancadas"), "los animales que viven un día", las "hormigas que uno pisa", en resumen una cotidiana masacre cuya única visión "nos volvería locos".

En definitiva, el mayor de los lamentos de Maupassant es el ser un hombre y luego - a diferencia de los animales que ignoran la "eterna masacre"- tener, por desgracia, la conciencia de morir. Como dice Schopenhauer, "si nuestra vida fuese infinita y sin dolor, nadie llegaría a preguntarse porque el mundo existe", en otros términos, si el hombre no se supiese mortal, la misma idea de Dios no sobreviviría. Aquellos que, como Maupassant, reprochan a Dios la miseria de este mundo continúan, en cierto sentido, creyendo en Él. Odiar a Dios revela un pensamiento teológico y que hace a la divinidad el honor de poder ser odiada. Hay pues todavía un halo de cristianismo en el despecho invencible del que Maupassant es intérprete; su rechazo testimonia ante todo una esperanza. Bajo la desconfianza yace una fe traicionada. Además, antes de morir, el animal Maupassant recibe con plena aceptación los últimos sacramentos.

NOTAS.-

1. Sobre el agua (1888). 2. La Noche. Pesadilla (1887). 3. Carta a Catulle Méndez, 20 de febrero de 1893. 4. Discurso académico, periódico Gil Blas, 18 de julio de 1882. 5. Gil Blas, 30 de marzo de 1886. 6. Gil Blas, 13 de marzo de 1883. 7. Crónica "Las máscaras" junio de 1883. 8. Flaubert, prólogo a la publicación póstuma de los poemas inéditos de Louis Bouilhet. 9. Incluso ayudó a Flaubert a escribirlo describiendo para él los acantilados de Étretat, encontrándole un botanista o yendo a investigar, siempre a su petición, el catálogo de la biblioteca del ministerio de Instrucción Pública. 10. Estudio sobre la novela, publicada a a como prefacio a Pedro y Juan. 11. Ibid. 12. Del que cuenta sus funerales en Junto a un muerto. 13. Carta a una desconocida, en Maupassant, Nadine Satiat, pp. 232-233. 14. Ver al respecto el análisis de Jean Salem en Filosofía de Maupassant, pp 36-37. 15. "Mi tío Sosthène", Gil Blas, 12 de agosto de 1882. 16. Una vida. 17. Cf. Maupassant, Nadine Satiat, p. 342. 18. Fuerte como la muerte. 19. Fuerte como la muerte. 20. La muerta. 21. Cf. Maupassant, Nadine Satiat, p. 54. 22. La belleza inútil.